que no fue posible mantener en secreto a causa de sus gritos, Amaranta sufrió un acceso de calenturas. También ella padecía la espina de un amor solitario. 101Encerrada en el baño se desahogaba del tormento de una pasión sin esperanzas escribiendo cartas febriles que se conformaba con esconder en el fondo del baúl. Úrsula apenas si se dio abasto para atender a las dos enfermas. No consiguió en prolongados e insidiosos interrogatorios a veriguar las causas de la postración de Amaranta. Por último, en otro instante de inspiración, forzó la cerradura del baúl y encontró las cartas atadas con cintas de color de rosa, hinchadas de azucenas frescas y todavía húmedas de lágrimas, dirigidas y nu nca enviadas a Pietro Crespi. Llo- rando de furia maldijo la hora en que se le ocurrió comprar la pianola, prohibió las clases de bordado y decretó una especie de luto sin muerto que había de prolongarse hasta que las hijas desistieron de sus esperanzas. F ue inútil la intervención de José Arcadio Buendía, que había rectificado su primera impresión sobre Pietro Crespi, y admiraba su habilidad para el manejo de las máquinas musicales. De modo que cuando Pilar Ternera le dijo a Aureliano que Remedios estaba de cidida a casarse, él comprendió que la noticia acabaría de atribular a sus padres. Pero le hizo frente a la situación. Convocados a la sala de visita para una entrevista formal, José Arcadio Buendía y Úrsula escucharon impávidos la declaración de su hijo. Al conocer el nombre de la novia, sin embargo, José Arcadio Buendía enrojeció de indignación. «El amor es una peste - tronó - 102. Habiendo tantas muchachas bonitas y decentes, lo único que se te ocurre es casarte con la hija del enemigo.» Pero Úrsula estuvo de acuerdo con la elección. Confesó su afecto hacia las siete hermanas Moscote, por su hermosura, su laboriosidad, su recato y su buena educación, y celebró el acierto de su hijo. Vencido por el entusiasmo de su mujer, José Arcadio Buendía puso entonces una condición: Rebeca, que era la correspondida, se casaría con Pietro Crespi. Úrsula llevaría a Amaranta en un viaje a la capital de la provincia, cuando tuviera tiempo, para que el contacto con gente distinta la aliviara de su desilusión. Rebeca recobró la s alud tan pronto como se enteró del acuerdo, y escribió a su novio una carta jubilosa que sometió a la aprobación de sus padres y puso al correo sin servirse de intermediarios. Amaranta fingió aceptar la decisión y poco a poco se restableció de las calentur as, pero se prometió a sí misma que Rebeca se casaría solamente pasando por encima de su cadáver. El sábado siguiente, José Arcadio Buendía se puso el traje de paño oscuro, el cuello de celuloide y las botas de gamuza que había estrenado la noche de la fie sta, y fue a pedir la mano de Remedios Moscote. El corregidor y su esposa lo recibieron al mismo tiempo complacidos y conturbados, porque ignoraban el